



Ὁ Μητροπολίτης Μπουένος Άϊρες Ἰωσήφ

“No temenos miedo”

Homilía de S.E.R.
el Arzobispo Metropolitano de Buenos Aires Iosif
en la divina liturgia de los Santos Corifeos Apóstoles Pedro y
Pablo

Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido muertos a causa de la palabra de Dios y del testimonio que ellos tenían. Y clamaban a gran voz diciendo: “¿Hasta cuándo, oh soberano Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre sobre los que moran en la tierra?”.

Ap. 6:9-10

Queridos amigos y amigas en el Señor,

El Patriarca Ortodoxo Griego de Antioquía Ioannis durante su homilía en el funeral de las víctimas del atentado contra la comunidad de la parroquia de San Elías en Damasco dijo: *“No tenemos miedo”*.

No, -es cierto- **¡no tenemos miedo!** No tememos que nos quiten la vida; tampoco tenemos miedo de que nos quiten la fe, porque antes de ello daremos la vida si es necesario. Consecuentemente todos aquellos a los cuales les incomoda nuestra fe -nuestra experiencia viva de Dios- nuestras costumbres y valores, nuestras esperanzas y sueños, nuestros anhelos y nuestras férreas convicciones -sean quiénes fuesen- del Oriente o del Occidente, del Norte o del Sur, religiosos o ateos, ideólogos o ignorantes, tendrán que saber desde ya que no hemos de sucumbir tan fácilmente a sus trampas, a sus amenazas, a sus atentados, a sus asesinatos, a sus genocidios. **¡No! Pues no les tenemos miedo.** Y porque no les tenemos miedo, no hemos de vender ni cambiar nuestra fe, ni nuestra manera de comunicarnos, ni convivir con el Dios-Vivo-Jesucristo, ni de adorarlo, ni de proclamarlo tal como lo hacemos.

¿Y saben por qué? Porque está en nuestro ADN espiritual. Desde el mismo principio de la era cristiana hasta el día de hoy los cristianos hemos sido perseguidos de una manera o de otra. A veces para eliminarnos por

completo, -simplemente para que dejemos de existir-, otras para que cambiemos y adaptemos nuestra fe, nuestra Tradición y todo lo que nos identifica con lo **legítimo** del Cristianismo -para que seamos otra versión **degenerada**- de lo que el Teántropo Cristo nos legara. Y eso los ortodoxos lo sabemos muy bien.

Conocemos las estrategias todas, desde las más violentas, crueles y bárbaras hasta las más sutiles y finas; desde el genocidio, la tortura y la desaparición hasta la intimidación, la coacción, la extorsión y la sumisión más servil y vergonzosa. Las metodologías son las mismas desde hace más de dos mil años: desde las armas hasta el oro, desde la espada hasta el dinero, desde la bomba hasta dádiva, bien sabemos que el objetivo es anularnos, ya por desaparición, ya por conversión, ya por absorción.

¿Y saben qué? ¡No lo lograrán! Ni entonces pudieron, ni ahora. Ni con la bomba ni con el soborno. Ni con el chantaje, ni con la chequera. Ni con la amenaza, ni con la coima o la limosna. **Simplemente porque no les tenemos miedo**, conforme a la promesa de Dios: *“El Señor es quien va delante de ti. Él estará contigo; no te dejará ni te desampará. ¡No temas ni te atemorices!”*. (Dt. 31:8)

Y aunque traten de sobornarnos o nos amenacen con lo más íntimo de nuestras debilidades expuestas al mundo, aún así nuestra fe no la hemos de perder. Seguiremos siendo lo que somos y viviendo cómo vivimos: hombres y mujeres que se saben y se reconocen enfermos del alma y del cuerpo y que queremos ser purificados y curados y elevados. Y por ello estamos y permanecemos dónde nos corresponde: la Iglesia, esta Iglesia, -Una, Santa, Católica, Apostólica y Ortodoxa-, este **gran nosocomio existencial** que nos permite transitar nuestras debilidades, nuestros pecados, nuestros fracasos, nuestras neurosis, realizando esta milenaria terapia **-metanoia-**, encomendándonos unos a los otros y todos juntos al Cristo-Dios.

Seguramente nos ven y saben con precisión cuáles son nuestras debilidades. Pero sepan que nuestra miseria, aquella que ellos ven, es nuestra fortaleza, porque nuestro Maestro nos dice *“que nos basta con su gracia, pues su poder se perfecciona en la debilidad”* (II Cor. 12:9). Y por ello con el apóstol *“muy gustosamente y en profunda metanoia nos gloriamos de nuestras debilidades sólo para que el poder del Cristo more en nosotros”*. (II Cor. 12:9)

Porque no ostentamos otro poder, ni otra autoridad, ni otro aliado más que el Cristo -muerto y resucitado **por y para** nosotros. Nosotros no tenemos poder alguno, porque sólo a Él adscribimos y atribuimos todo el poder, la gloria, el reino y la fuerza. Esta proclamación, esta afirmación, esta convicción es nuestra fortaleza y nuestra defensa. Y nadie nos la puede arrebatarnos.

Los signos de estos últimos los tiempos -desde el monasterio de Santa Catalina en el Monte Sinaí hasta la masacre de San Elías en Damasco, sólo por dar dos ejemplos recientes y muy particulares- son claros y debemos estar alertas y vigilantes. Como dice el apóstol “*αἱ ἡμέραι πονηραὶ εἰσὶν*” (Ef.5:16). Ya lo hemos advertido muchas veces. Ante nosotros se abre nuevamente de manera radical y más que evidente aquel **misterio de la tribulación ya vivido y aún por vivir**. Así Dios lo permite y deberemos enfrentar aquello que sobreviene teniendo en cuenta la admonición del Cordero a la Iglesia de Laodicea: “*¡ojalá fueras frío o caliente!*”.

Estas no son épocas para tibios ni para titubeos. En cambio, son épocas propicias para la **metanoia**, para la **purificación**, para el **saneamiento espiritual**, porque son épocas propias de la mencionada tribulación, del combate espiritual. Pero nuestra **lucha a muerte** primera y principalmente como dice el Apóstol “*es contra principados, contra potestades, contra los regentes de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.*” (Ef. 6:12).

Si con la ayuda y la asistencia del Cristo-Dios combatimos en aquella dimensión espiritual, entonces la victoria está asegurada en esta, y aunque nos sobornen, nos difamen, nos amenacen y por fin nos maten, nunca perderemos la fe y así seremos verdaderos “**mártires**” y “**apóstoles**”, es decir testimonios y proclamadores vivientes -e invencibles- del Teántropo Cristo.

Pues como dice el Apóstol “*si Dios está a favor nuestro, entonces ¿quién estará contra nosotros?*” (Rom. 8: 31). Es por ello que **no tenemos miedo. De nada, ni de nadie**. Una vez que el Cristo nos reconfigura por Sí mismo a Sí mismo, entonces tomamos sus mismas dimensiones: y una vez **cristificados** y **cristiformes**, entonces ya nadie nos puede ni quitar ni alterar la fe que por fin transmuta de manera absoluta, ya que se ha hecho nuestra propia carne, se ha convertido en nuestra más profunda intimidad. Entonces, aunque nos hagan desaparecer en masa, nunca podrán hacerlo por completo, puesto que **continuamente volveremos, de la nada nos alzaremos en virtud de la promesa de Aquel que nos creó, nos recreó y nos perfeccionó a través de su amor**: “*de cierto te bendeciré grandemente, y multiplicaré en gran manera tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena en la orilla del mar, y tu descendencia poseerá la puerta de sus enemigos.*” (Gen. 22:17)

Porque mientras para muchos esto se trata de una película -o de un juego- de terror, para nosotros, los cristianos ortodoxos, esto se trata de una película de amor: por eso en vez de temer y aterrorizarnos, **nos arrepentimos, nos purificamos y amamos: amamos sin límites**; así como nos lo enseñó el Logos Eterno del Padre y lo vivieron, lo certificaron y lo proclamaron los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores y todo espíritu justo perfeccionado en la fe.

Porque si lo amamos sin límites, “¿Quién nos separará del amor de Cristo? - se pregunta el Apóstol.

¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligros, o espada? Como está escrito: Por tu causa somos muertos todo el tiempo; fuimos estimados como ovejas para el matadero. Más bien, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy convencido de que ni la muerte ni la vida ni ángeles ni principados ni lo presente ni lo porvenir ni poderes ni lo alto ni lo profundo ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Rom. 8: 35-39).

Γένοιτο! !Así sea! Amén.